

Campaña de Morelos en Oaxaca

Jorge Fernando Iturribarría
1955

El día 10 de noviembre de 1812 salió Morelos de Tehuacán con rumbo a Oaxaca trayendo 5,000 hombres y cuarenta piezas de artillería. No encontró resistencia ni en la Mixteca ni en la Cañada. Hasta llegar a la hacienda de Viguera, el 24, se le enfrentó la caballería del jefe realista Régules; pero éste no le presentó batalla y se concentró a la capital de la provincia al observar la ventaja numérica de los insurgentes.

Morelos ocupó Etlá, y el 25 intimó a la plaza de Antequera, dando tres horas a sus defensores para enviar la respuesta. Parece que los pliegos no fueron recibidos por el general González Sarabia, comandante militar de Oaxaca.

Aunque la ciudad había sido cuidadosamente fortificada desde enero de 1811, las tropas que la guarnecían casi todas improvisadas, no tenían la suficiente organización y disciplina militares.

La orden de marcha que dio Morelos fue simplemente ésta: “¡Acuartelarse en Oaxaca!” El ataque dio principio poco antes de las diez de la mañana del 25, y a la una de la tarde se rindió la plaza.

Las operaciones de las fuerzas insurgentes fueron ejecutadas así: el coronel Eugenio Montaña marchó a cortar el agua del acueducto de San Felipe, por el lado de los “Arquitos de Xochimilco”, y después fue a cerrar la retirada de los españoles por el camino de Tehuantepec. Al teniente coronel don Félix Fernández (Guadalupe Victoria), correspondió atacar con sus fuerzas la parte norte de la ciudad, a la altura del



hospital de Betlem. Se situó en el lugar conocido por el Juego de Pelota, hoy ocupado por el Jardín Conzzatti. Entre las tropas insurgentes y el edificio de los betlemistas había un foso de agua. Al escuchar Victoria el repique de las campanas de la iglesia de Santo Domingo y el Carmen Alto, que hacían entender la captura de esas posiciones, no pudo contenerse, arrojó su espada al otro lado del foso, exclamando: “¡Va mi espada en prenda; voy por ella!” No tardó en caer esta posición en su poder.

El fortín de la Soledad estaba defendido por el coronel Bernardino Bonavía, jefe de la brigada de Oaxaca, con 4 buenas piezas de artillería que mandaba Régules. Morelos, que se encontraba situado a la altura de la garita del Marquesado, dio orden al coronel Ramón Sesma para atacar esta posición con su regimiento, protegido por la artillería del coronel Terán. Después del segundo tiro, quedó desmantelada la artillería realista. Un sargento indígena, apellidado Axotla, que militaba con los realistas y que tenía a su cargo la vigilancia del puente levadizo de la Soledad sobre el foso que aislaba el cerro, trató de reorganizar a los españoles, que bajaban derrotados. Como el puente levadizo estaba en alto, lo bajó para facilitar a sus compañeros la huida; pero Terán, que estaba cerca, pudo impedir la maniobra, adelantándose y colocando un cañón sobre el puente. Al dispararlo fueron materialmente barridos los realistas.

Tomando el fortín, Terán fue el primero en avanzar hacia el centro de la población, contestando algunos disparos aislados hechos desde las azoteas y campanarios de los templos. En esos momentos el teniente general González Sarabia, urgido por la fuerza del ataque, avanzó del centro de la población hacia las calles de la Soledad (hoy avenida Independencia), donde consideró que iba a librarse la acción principal. Comandaba un regimiento de caballería recientemente organizado entre españoles, en su mayor parte comerciantes. Cuando el jefe realista llegó a la esquina de San Felipe y sus soldados se enteraron de la victoria de Terán sobre la artillería del cerro, y de que Bonavía y Régules



habían sido derrotados, huyeron llenos de terror, dejándolo enteramente solo. González Sarabia se refugió en una casa aldeaña.

El capitán Larios atacó por el rumbo de la iglesia de la Merced, sin encontrar resistencia.

Mientras esto sucedía, Galeana, que capitaneaba la vanguardia, penetró por el norte, atacando vigorosamente las posiciones realistas de Santo Domingo y el Carmen Alto. El asalto de este último edificio fue muy reñido, pues allí se había refugiado Régules. Parapetado en las bóvedas del convento hacía vigorosa resistencia a las tropas de Galeana, manejando personalmente un cañón y arengando a sus soldados, sable en mano.

El convento cayó en poder de Galeana, y Régules tuvo que ir a esconderse en un ataúd viejo, de donde fue sacado por los insurgentes.

En cambio, el convento de Santo Domingo, la resistencia fue muy débil. Galeana tomó en esta fortificación cerca de 300 prisioneros.

Las tropas que comandaba don Miguel Bravo apoyaron las operaciones del centro del Ejército Libertador, prestando auxilio a las columnas de ataque, conforme era requerido.

El Generalísimo Morelos después de haber trazado su plan de ataque, permaneció con las tropas de reserva cerca de la garita del Marquesado, muy expuesto a los fuegos de artillería. Una bala de cañón que le dispararon hizo pedazos a un soldado de su escolta que se hallaba junto a él.



A la una de la tarde del mismo día 25, los insurgentes eran dueños de la ciudad de Antequera, después de un combate de tres horas. Sin que pudiera evitarse, la tropa se dedicó al saqueo. Morelos tuvo la precaución de recoger los depósitos de dinero de los españoles, que se hallaban guardados en los conventos. Los declaró botín de guerra y sirvieron para los gastos de la campaña insurgente.

Detenidos los jefes realistas González Sarabia, Régules, Bonavía y el capitán Nicolás Aristi, fueron fusilados por órdenes de Morelos, el 2 de diciembre de ese año, en las canteras de Xochimilco, en el mismo lugar en que habían sido ejecutados los emisarios de Hidalgo, Armenta y López de Lima.

Una vez terminadas las operaciones militares y restablecida la paz, Morelos designó intendente de Oaxaca a don José María Murguía y Galardi y ordenó que se reanudara la publicación del periódico insurgente *El Correo Americano del Sur*, cuya dirección encomendó a don Carlos María Bustamante, distinguido historiador oaxaqueño, que había llegado de México para incorporarse a la expedición libertadora.

Los presos insurgentes, el diácono Ordoño, el padre Talavera y don Carlos Díaz del Castillo, fueron puestos en libertad por Morelos, quien ordenó a Matamoros que los pasara por las calles de la ciudad, para que el pueblo viera el estado de debilidad y agotamiento en que se encontraban. Después, el propio caudillo insurgente mandó exhumar los restos de Tinoco y Palacios; fueron llevados en procesión por las principales calles de la ciudad se les hicieron solemnes horas fúnebres en la iglesia catedral y se les enterró en el Carmen Alto.

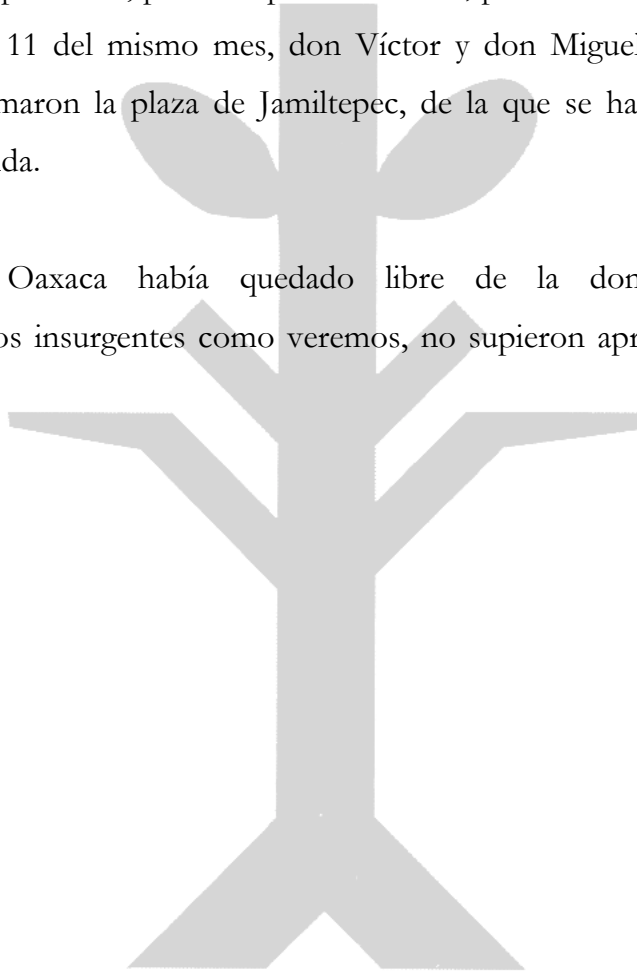
Después de haber dejado organizado el gobierno de Oaxaca y constituido el municipio insurgente de la ciudad con criollos, salió Morelos el 7 de febrero de 1813 con rumbo al puerto de Acapulco. Se le incorporaron los batallones de oaxaqueños recién reclutados.



La columna tomó el rumbo de la Mixteca, por donde se introdujo a territorio del actual estado de Guerrero.

El 25 de febrero, cuando Morelos se hallaba en camino, el jefe realista teniente coronel Dambrini, con 700 guatemaltecos atacó Niltepec y Juchitán, tratando de abrirse paso hasta la capital de la provincia, para recuperar la ciudad; pero fue rechazado y derrotado por Matamoros. El 11 del mismo mes, don Víctor y don Miguel Bravo después de duros combates, tomaron la plaza de Jamiltepec, de la que se habían apoderado los realistas Paris y Rionda.

La provincia de Oaxaca había quedado libre de la dominación española. Desgraciadamente los insurgentes como veremos, no supieron aprovechar la brillante victoria de Morelos.



Fuente: Iturribarria, Jorge Fernando, *Oaxaca en la historia*, México, Publicaciones de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Editorial Stylo, 1955, p. 132-135. Recuperado de Margarita Dalton (compiladora), *Oaxaca. Textos de su historia*, v. I, Gobierno del Estado de Oaxaca, Instituto Mora, 1997, p. 339-342.

